

19.—SERMÓN DE LA CENA.—ORACIÓN.

PRELUDIO 1.º Encargó Jesús en el sermón de la cena la oración, prometiendo á sus discípulos que los oiría y concedería cuanto le pidiesen.

PRELUDIO 2.º Representate que con los Apóstoles estás oyendo estos consejos del Señor.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar, de modo que tu oración sea oída.

Punto 1.º *Modo cómo debe hacerse la oración para ser oída.*—Considera cómo Jesucristo, exhortando á sus Apóstoles á la oración, les dijo: «El que cree en Mí, hará las obras que Yo hago y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquiera cosa que pidieréis en mi nombre la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidieréis alguna cosa en mi nombre, también la haré». En cuyas palabras te enseña que la oración con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que Él hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entiendas cuán de buena gana lo cumplirán ambos. Luego añade: «Si permaneciereis en Mí, y mis palabras en vosotros, todo lo que quisieréis pediréis, y dárseos ha»; enseñándote la maravillosa eficacia y trabazón de la oración con la unión con Cristo por amor y por la obediencia á sus preceptos; porque en manos de la voluntad, unida de este modo con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidere. Esto se entiende cuando quiere y pide movida de esta divina unión y según ella, la cual nunca quiere más que lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto á Dios, por que no tiene voluntad propia, sino la de Dios tiene por suya; y por esta razón, dice santo Tomás, que siempre se cumple la oración de los que de esta manera oran. ¡Oh Dios de mi alma! Concededme que siempre esté unido con Vos, y vuestras palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazón, porque cierto estoy que si os amo, obedezco y concierto mis querer con la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidere me daréis, porque gustáis de hacer placer á quien os le hace, y de cumplir la voluntad de quien siempre cumple la vuestra¹. ¡Oh alma! Mira si tu oración va acompañada de la fe, confianza y conformidad con la voluntad de Dios. ¿Te esmeras en juntar con ella estas virtudes que la hacen eficaz?

¹ Joan., xiv, 12, 14. — ² Joan., xv, 7. — ³ Psalm. cxliv, 19.

Punto 2.º *Prómesa de oír las oraciones.*—Considera aquí la solemne promesa que hizo Jesús á sus Apóstoles de oír sus oraciones, diciendo: «De verdad os digo, si alguna cosa pidieréis al Padre en mi nombre, Él os la dará; hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno». Para conocer la trascendencia de esta generosa promesa, pondera atentamente todas sus circunstancias. Quien la hace es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero², y la misma verdad y sabiduría, que no puede engañar ni engañarnos; y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cumplir y conviene que se cumpla, y así, de todas partes es certísima. Á quien se hace la promesa es á los discípulos de Jesús que con Él estaban en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir, hácese solamente á los que creen en Cristo y esperan en Él, y desean servirle y obedecerle como discípulos; y no á los pecadores, rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el ciego³ que Dios no oye á los pecadores. Mas si ellos desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, también tienen parte en esta promesa, porque nuestro Padre celestial da su espíritu bueno al que se lo pide para dejar de ser malo. El que ha de cumplir esta promesa es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es Padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho, mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. También ha de cumplir esta promesa el Hijo, que es el mismo que la hace, y el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual pide por nosotros, incitándonos á pedir por las ganas que tiene de dar. Los títulos para pedir son el nombre de Cristo, esto es, la bondad de Jesús con todas sus virtudes y merecimientos; los trabajos de su vida y muerte; los servicios que hizo al Padre, y su gloria y honra; de modo que no has de pedir en tu nombre, ni en tus méritos, ni para tu gloria, sino, dejando todo esto, estribar en Cristo y ordenar cuanto pidieres á su gloria. ¡Oh bondadoso Padre! Desde hoy no quiero desconfiar de que sean oídas mis oraciones. Vos que habéis prometido escucharme, sois fidelísimo; vuestro Padre es riquísimo; y yo, aunque miserable pecador, deseo salir del pecado y serviros con fidelidad y constancia. Concededme esta gracia para vuestra honra y gloria.

Punto 3.º *Cosas á que se extiende la promesa de Jesús.*—Considera cómo las cosas á que se extiende la promesa son todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma, ó de otros

¹ Joan., xvi, 23. — ² Apoc., xix, 11. — ³ Joan., ix, 31.

para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue que, pues Dios quiere ser largo en dar, no has de ser tú corto en pedir, sino pedir como quien pide al munificentísimo Dios, y pedir, como dice Cristo, para que tu gozo sea lleno; esto es, pedir, no principalmente cosas temporales y terrenas que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tal abundancia, que llenen tu gozo y harden tu deseo, primero en esta vida temporal, y después en la eterna. El modo cómo has de pedir es con grande fe y confianza en la bondad y largueza del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero por quien se pide. Esta es la fe, de la cual dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos ¹: «Tened fe de Dios», esto es, una fe viva que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que, dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra y en quien Él es. Esta es la fe que se compara al grano de mostaza, pequeño y vil en la apariencia exterior, pero de grande virtud y eficacia interior. Con esta fe has de juntar grande perseverancia hasta que el gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veas que eres oído, y te goces de ello, y alcances el gozo lleno que se recibe con los dones concedidos. ¿Qué cosas le pedimos nosotros á Dios? ¿Cómo hacemos nuestras oraciones? ¿Las acompaña la fe y confianza y las sigue la perseverancia? ¡Oh Redentor del mundo! ¡Cuán generoso sois en prometer, y cuán fiel en cumplir lo prometido! Gracias os doy por esta generosidad y fidelidad que en todo mostráis; suplicóos me deis gracia para que pida lo que me mandáis pedir, y con el modo que queréis que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con vuestros dones, y mucho más con Vos, dador de ellos, poseyéndooos eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vivamente desea Jesucristo que sus discípulos sean asiduos en la oración! ¡Qué razones tan poderosas aduce para moverlos á hacerla! La gloria de su Padre y su propia gloria están cifradas en la oración constante, fervorosa y acompañada de fe viva, confianza cierta y de la observancia de los mandamientos. ¿Quién no siente revivir en sí el deseo de la oración al oír la solemne promesa y firme compromiso que contrae Jesucristo, diciendo á sus Apóstoles: «En verdad, en verdad, os digo que cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre, os será concedida»? El mismo Jesús, Dios verdadero, fiel en sus palabras, lo ha dicho; los cielos y la tierra pasarán, y sus palabras no dejarán de cumplirse. Los afortunados á quienes ha hablado son sus discípulos y amigos, ó á lo menos los que, siendo enemigos, desean reanudar su amistad. El Padre,

¹ Marc., xi, 22.

Dios omnipotente, riquísimo, bondadosísimo, la misma bondad esencial, el que por antonomasia se llama Padre, es el que ha de cumplir la promesa. Los títulos en que debe estribar la oración es el nombre, virtud, merecimientos y sacrificios de Jesús, los cuales son de valor infinito. Las cosas á que debe extenderse la oración que se hace en el nombre del Salvador son las que convienen á la salud verdadera, y que pueden causar un gozo lleno. ¡Qué motivos tan eficaces para despertar nuestra confianza en la oración, avivar nuestro deseo de tan soberano y provechoso ejercicio! ¿Qué hemos hecho hasta el presente? ¿Cómo hemos mirado esta práctica tan necesaria para la eterna salvación? ¡Ah! ¡Cuántas veces, instigados por nuestro enemigo, habremos sido remisos é inconstantes en ella! Tratemos ahora de remediar un mal tan pernicioso por medio de eficaces propósitos y vivas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

20.—SERMÓN DE LA CENA.—CONSUELO EN LOS TRABAJOS.

PRELUDIO 1.º En el sermón de la cena exhortó Jesús á sus discípulos á la conformidad en los trabajos, aduciendo eficaces razones para moverlos á ello.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo predicando este sermón, y á ti entre los Apóstoles oyéndole.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saberte conformar en los trabajos.

Punto 1.º Padeciendo trabajos, somos discípulos de Jesús y no del bando del mundo.—Considera cómo Jesucristo gastó gran parte del sermón de la cena en animar á sus Apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que después habían de padecer en el mundo, trayéndoles muchas y muy poderosas razones, las cuales debes meditar muy atentamente, para que te alientes á sufrir con la misma paciencia que ellos los trabajos que necesariamente te asaltarán; porque cierto es que los que quieren vivir piadosamente en Cristo, padecerán tribulación. La primera razón que les presenta es su mismo ejemplo, diciéndoles: «Acordaos de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor ó más privilegiado que su Señor; si á Mí persiguieron, también perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quienquiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa». ¡Dichosos trabajos cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! Estas palabras del Señor debes estampar en tu memoria, y cuando te visite la tribulación, ó te moleste la tentación, ó te aflija la enfermedad, imagínate que el mismo Jesús es quien te dice: «Acuérdate que siendo mi siervo, no debes ser más privilegiado que Yo». So-

¹ Joan., xv, 20.

berbia grande sería no querer seguir el camino que no se desdén de seguir tu propio Señor. La segunda razón es, porque el ser perseguido es señal y prenda de que no es uno del bando reprobado del mundo; y, por consiguiente, que es del bando de Cristo y de sus escogidos. «Si el mundo, dice Él, os aborrece, sabed que primero me aborreció á Mí; si fuerais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas, porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo». ¡Qué consuelo es tener una prenda cierta de que no se pertenece al bando de este mundo maligno que aborrece á Cristo y á los suyos! ¡Oh buen Jesús! De vuestro bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiera, de esto me alegraré, porque Vos volveréis por mí, pues por Vos me persigue. ¡Oh alma! Piensa bien que los trabajos y persecuciones te hacen semejante á Jesús y te dan seguridad que no eres del mundo. ¿Y los temerás con exceso?

Punto 2.º *Los trabajos se convertirán en gozo y nos merecerán el cielo.*—Considera otra poderosa razón que alega Jesucristo para alentar á sus discípulos á los trabajos, porque éstos se convertirán presto en gozo. Así como la mujer, cuando llega el tiempo de dar á luz, tiene gran tristeza y dolor, pero después se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo¹, y el mismo hijo que fué causa de su dolor es después causa de su gozo, y el dolor duró poco tiempo, mientras que el gozo es mucho y tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así también vosotros tenéis tristeza por mi ausencia y por mi muerte, dice Jesús; pero Yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Tendréis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán contra vosotros grandes persecuciones; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasión de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogereis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpetuo, porque ninguno os lo podrá quitar. ¡Qué motivo tan poderoso y eficaz para alentarte en las tribulaciones! ¿Qué enfermo no sufre la purga, la sangría, para con ellas quedarse después descansado y sano? Pondera la cuarta razón que se sigue de ésta, y es que en el cielo hay muchas moradas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor. Oye las palabras de Jesús: «No se turbe vuestro corazón; creed y confiad en Dios y en Mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y Yo voy á aparejaros el lugar que habéis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, allí estéis gozando de mi compañía y de mi gloria». ¡Oh Padre amorosísimo! ¿Quién

¹ Joan., xvi, 21. — ² Joan., xiv, 1.

no se consolará en los trabajos, oyendo vuestras dulces palabras? Si mis penas pasajeras se han de convertir en gozos perdurables, y si el estar en este mundo entre aflicciones me ha de merecer estar después en vuestra compañía, vedme que estoy preparado para los azotes y tormentos, pidiéndoos solamente que, por librarme de ellos, jamás me separe de Vos.

Punto 3.º *Los trabajos nos merecen el amor de Dios y las visitas de Cristo.*—Considera cómo el ser atribulados por causa de Cristo, lejos de ser una señal del abandono de Dios, es la prueba más clara y evidente de que el Padre celestial nos ama. Por lo cual dice Jesucristo¹: «Cuando Yo no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creisteis que salí de Dios». Como quien dice: No os turbéis, ni temáis, ni perdáis la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciereis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama, por el amor que mostráis en padecer por Mí; y si el Padre os ama, Él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de los hijos. Pondera también otra razón de conformidad, y es la grande seguridad que tienes de salir con la victoria de todos los enemigos que te persiguen, diciendo Jesús²: «En el mundo tendréis apretura; pero confiad, que Yo vencí al mundo». Esto es, Yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podéis seguramente confiar que venceréis, pues Yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Fijate bien en esta otra y última razón de consuelo, que es la visita y compañía de Jesús, que se complace en acompañar y ayudar á los que sufren; y así dice: «No os dejaré huérfanos; Yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazón ni tema, pues os he dicho que voy y vengo á vosotros: un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis, y se gozará vuestro corazón, y ninguno podrá quitar el gozo que os diere». ¡Oh Padre amantísimo! Vos nunca dejáis huérfanos á vuestros hijos, aun cuando, á su parecer, estáis ausente de ellos, porque nunca lo estáis para mirar por su bien: deseo no turbarme en mis trabajos, pues tan presto habéis de venir á visitarme y consolarme en ellos. Dadme, Señor, el gozo interior, del cual ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque, poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo. ¡Oh alma fiel! ¿No te resignarás tú en los trabajos, sabiendo que son prendas del amor de Dios, que tu victoria es segura, contando con la compañía y auxilio de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Qué razones tan sólidas y eficaces aduce Jesús para mover á sus Apóstoles y discípulos á abrazarse

¹ Joan., xvi, 26. — ² Joan., xvi, 33.

con la cruz y á conformarse con los trabajos! Ellos nos hacen semejantes á nuestro divino Maestro y Capitán, el cual, despreciando la confusión, toleró la cruz durante todos los momentos de su vida. ¿Qué más puede desear un discípulo aprovechado y un soldado fiel? Ellos nos certifican que no somos del bando del mundo, sino que pertenecemos á la milicia de Cristo. Dentro de poco tiempo se convertirán en gozos y delicias sempiternas, sucediéndonos lo que á Lázaro el mendigo, y del muladar seremos transportados á las moradas eternas, y del cieno de este mundo seremos colocados entre los príncipes de la corte celestial. Las tribulaciones nos dan seguridad de que nuestro Padre celestial nos ama, porque Él ama á todos los que ve conformes con la imagen de su Hijo. La victoria es cierta: aunque nuestros enemigos sean poderosos y formidables, no hay que dudar de ella un solo momento; teniendo nosotros firme voluntad, el campo quedará por nosotros; el mismo Dios nos asiste, nos contempla en la lucha, nos comunica fuerzas, y se alegrará de nuestra victoria, y nos coronará de ventura y felicidad. ¿Por qué decaemos de ánimo en los trabajos? ¿Por qué desconfiamos en las tribulaciones? ¿Cómo no se despierta nuestro valor, pensando que Dios nos está mirando? Si la presencia del capitán infunde valor al soldado, mucho más debiera infundirle en nosotros la presencia de Dios. Suframos con paciencia; alegrémonos en los trabajos; gocémonos en las tribulaciones, y para esto, propongamos el modo de recibirlas cuando nos vienen, de sobrellevarlas cuando nos hallamos sumergidos en ellas, y de manifestar á Dios nuestro agradecimiento por ellas; para todo roguemos fervorosamente por nosotros y por los demás.

21.—ORACIÓN DE JESÚS DESPUÉS DE LA CENA.

PRELUDIO 1.º Antes de salir del cenáculo, hizo Jesús una fervorosa oración, pidiendo primero para sí, después para sus discípulos y después para todo el mundo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús orando en medio de sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener espíritu de oración, imitando en ella á Jesús.

Punto 1.º *Jesús pide primeramente para sí mismo.*—Estando Jesucristo en pie, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo: «Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo para que tu Hijo te clarifique á Ti». En lo cual debes considerar ante todo la reverencia interior y exterior de Jesús en su oración, con deseo y propósito de imitarlas, pues por este motivo quiso hacerla delante de sus Apóstoles. Pondera luego lo que pide en esta oración; es á saber: que fuese glorificado en el tiempo de su Pa-

¹ Joan., xvii, 1.

sión con milagros, para que se descubriese que, aunque padecía cosas ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y todo esto lo pide, no por su propia honra, sino para la gloria de su Padre y para que el Padre sea glorificado con su gloria. Á imitación de Jesús, has de pedir al Padre Eterno la gloria de su Hijo, suplicándole que le haga conocer en todo el mundo. Y apropiándote á ti mismo esta oración, puedes decir al Padre: Clarifica á este tu hijo para que él te clarifique; ámale, para que él te ame; ayúdale, para que te sirva. Medita luego los títulos que añadió Jesús en su oración, diciendo: «Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ¡oh Padre!, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese hecho». Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque Yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has ordenado; justo es que Tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinación eterna. Saca de aquí que la oración es medio para ejecutar las trazas de la divina predestinación, y que los varones justos y perfectos pueden aducir con humildad como título en sus oraciones los servicios que han hecho á Dios. Y nosotros, ¿qué títulos podemos aducir en nuestra oración? ¿Qué debemos pedir para nosotros á Dios? ¡Oh Padre amantísimo! Si pudiera deciros con verdad que siempre os he glorificado en la tierra y acabado la obra que me habéis encomendado! ¡Ay de mí! He vivido buscando mi gloria con menoscabo de la vuestra, y atropellando vuestra voluntad por hacer la mía; y así os suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiquéis con vuestra gracia, para que de hoy más os clarifique sobre la tierra, y perfeccione la obra que me habéis encomendado.

Punto 2.º *Jesucristo pide para sus Apóstoles.*—Considera cómo Jesús pidió luego por sus Apóstoles, diciendo al Padre: «No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos». ¡Qué título tan eficaz para dirigirte al Padre! Dile: «Tuyo soy, sálvame». Pero pondera las cosas que el Señor pide para sus discípulos. Primeramente, dice: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria, guarda á éstos que me diste, que sean una cosa como Yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad entre sí mismos y con Dios, no unión cualquiera, sino perfectísima, semejante á la que hay entre el Hijo y el Padre. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un modo de sen-

¹ Joan., xvii, 4.